

La justicia también perdona

Abril 24, 2022 – Rev. Héctor Hoppe

Texto: Juan 20:19-23

La noche de ese mismo día, el primero de la semana, los discípulos estaban reunidos a puerta cerrada en un lugar, por miedo a los judíos. En eso llegó Jesús, se puso en medio y les dijo: «La paz sea con ustedes.»²⁰ Y mientras les decía esto, les mostró sus manos y su costado. Y los discípulos se regocijaron al ver al Señor.²¹ Entonces Jesús les dijo una vez más: «La paz sea con ustedes. Así como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes.»²² Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo.²³ A quienes ustedes perdonen los pecados, les serán perdonados; y a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados.»

¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- El encuentro de Jesús con los suyos se produce entrada la noche del día de la resurrección. Jesús ya se había mostrado a las mujeres, a Pedro y a dos discípulos en el camino a Emaús (Lucas 24). Según Lucas, los diez y *los demás* estaban reunidos en Jerusalén. Después que los dos discípulos de Emaús llegan a la casa en Jerusalén donde todos estaban reunidos, Jesús se aparece en medio de ellos. Los ausentes eran Judas y Tomás.
- Jesús atraviesa puertas, ventanas o paredes o techo. No sabemos por dónde hizo su aparición. Su cuerpo glorificado trasciende tiempos y espacios. Hacía unos momentos Jesús había estado en Emaús, separada de Jerusalén unos 12 kilómetros. Si los dos discípulos que volvieron a Jerusalén hicieron el camino a las corridas, Jesús no se quedó atrás. Jesús tiene un cuerpo sin limitaciones. Debemos considerar esta virtud de Jesús

Para el Camino

porque es fundamental para entender cómo se hace presente en su iglesia y en la Santa Cena aún hoy para todos nosotros.

- No hay reproches, lamentos ni rencores. Jesús viene en son de paz. Paz y perdón son los grandes temas de esta visita. Las palabras de Jesús son una confirmación de sus promesas:
 - Juan 14:27 “La paz les dejo, mi paz les doy... no dejen que su corazón se turbe y tenga miedo.”
 - Juan 16:33 “Estas cosas les he hablado para que en mí tengan paz. En el mundo tendrán aflicción; pero confíen, yo he vencido al mundo.”
- ¿Cómo se produce la paz en nosotros? San Pablo explica en Romanos 5:1 “Así, pues, justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” Esta paz la generó Jesús en la cruz. Al absolvernos de culpa y cargo –haciéndose él cargo de nuestras culpas y castigo– quedamos perdonados, libres, en paz. La justificación viene, entonces, por el perdón de los pecados.
- La paz de Dios significa que ya no estamos más en guerra con él. Al declarar la paz con sus redimidos, Dios no nos considera más sus enemigos. Ahora somos sus aliados en la misión de llevar esa paz al resto del mundo.
- V 21. El profesor Rodolfo Blank dice en su comentario a este versículo: “En cada uno de los cuatro evangelios y en Hechos encontramos la gran comisión que el Cristo resucitado ha dado a su iglesia aquí en la tierra. Aunque en cada evangelio esta comisión asume una forma diferente, el contenido es el mismo”, anunciar el perdón de los pecados (*El Evangelio según Juan*, pág. 572, Editorial Concordia, 1999).
- “Como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes.” Los enviados ahora por Jesús no son sólo los pocos que le siguieron por tres años, sino todos los que han sido

redimidos por su sacrificio en la cruz. También nosotros somos enviados por el mismo Jesús que resucitó ese domingo de mañana de los muertos, y de él podemos aprender lo que significa ser un enviado.

- Jesús fue enviado a vivir en humildad y a tratar a todas las personas con humildad de corazón.
 - Jesús fue enviado a servir a todos, no a enseñorearse de todos.
 - Al ser enviado, Jesús dejó de lado su “vida cómoda” en el cielo. No ejerció su autoridad de castigar a todas sus criaturas. No dio rienda suelta al enojo que le produce a Dios nuestro pecado. Así nos evitó el castigo eterno por nuestras faltas.
 - Al ser enviado, Jesús dejó de lado todos los privilegios que tenía como Dios y no los usó para “darles su merecido” a aquellos que lo rechazaron, lo traicionaron y ajusticiaron aun cuando él era inocente.
 - Jesús fue enviado para dar todo de sí para rescatar al pecador que no se merece nada de misericordia. Así, mostró la gracia de Dios.
- Notamos en los Evangelios que “Jesús volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo, y fue llevado por el Espíritu al desierto” (Lucas 4:1). También, dice Lucas que “con el poder del Espíritu, Jesús volvió a Galilea” para comenzar su ministerio (Lucas 4:14). Ese Espíritu que concibió a Jesús en María, que lo guio a cada paso de su ministerio y en su obra sacrificial, es el mismo Espíritu que estuvo activo en su resurrección y el que ahora Jesús reparte sobre sus seguidores.
 - Ese Espíritu estuvo activo durante la creación del mundo. Vemos que cuando Dios creó al hombre, “sopló en su nariz aliento de vida” (Génesis 2:7). Ahora Jesús está obrando

una nueva creación, un hombre nuevo, regenerado, que para vivir su vida de fe necesita la guía y el poder del Espíritu Santo, el aliento de vida espiritual de la iglesia.

- El Espíritu Santo vendrá en su plenitud y públicamente en Pentecostés, cuando se cumpla la promesa que Jesús les hizo a sus seguidores antes de ascender: “Cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).
- Recibir el Espíritu Santo y ser enviado a anunciar el reino de Dios son temas recurrentes en el Nuevo Testamento. La inesperada visita de Jesús a sus discípulos la noche de la resurrección canaliza este movimiento de Dios hacia su iglesia en apenas unas pocas palabras: “Paz a ustedes, reciban el Espíritu Santo, perdonen los pecados.”

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo reaccionas cuando tienes miedo a algo?
2. ¿Qué aprendes de Jesús en esta historia?
3. ¿Qué significa para ti que Jesús esté dispuesto a atravesar cualquier elemento físico para entrar a tu vida y convencerte de que sus llagas son legítimas, que fueron el costo de tu liberación del pecado, la muerte, y el infierno?
4. Una conocida oración comienza diciendo: “Dios, dame la serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar...” Esa serenidad es la paz de Jesús que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7) y que serena tu corazón ante las cosas sobre las cuales no tienes ningún poder.

- a. ¿Qué puedes hacer para que esa paz de Jesús te llene de sosiego y confianza sabiendo que Dios, en Cristo, está a cargo de todas tus cosas, muy especialmente de tu salvación eterna?
 - b. ¿Puedes ver la relación que hay entre el perdón de los pecados y la paz de Dios en tu vida?
5. ¿Quién o quiénes fueron los enviados de Dios para traerte el perdón y la paz que tienes hoy?
6. ¿A dónde y a quiénes te ha enviado y envía hoy Jesús?
7. Así como Jesús nos mostró con su vida y sacrificio mortal la gracia de Dios por nosotros, así somos también enviados a mostrar a otros la gracia de Dios. ¿De qué maneras lo haces en tu vida de todos los días?
8. Somos enviados para traer alivio a las personas.
- a. ¿Quiénes, a tu alrededor, están sufriendo y desconocen el amor y el poder de Dios?
 - b. ¿Cómo puedes ayudarles?
 - c. Ora para que, al ser enviado con el poder del Espíritu Santo, puedas transmitir la paz de Jesús sobre los que están a tu alrededor.